

Acerca del cuerpo en psicoanálisis. Autismos e IA

Congreso YOICA Psicoanálisis e Inteligencia Artificial, octubre de 2023

Enrique Tenenbaum

Voy a comenzar por una pregunta sencilla. ¿Un analista tiene que ser inteligente? O, más precisamente, ¿un analista debe poner a jugar su inteligencia en los análisis? El auditorio se dividirá, seguramente, al responder esta pregunta. Algunos sostendrán que sí, que Freud y Lacan eran en extremo inteligentes, por lo tanto esa sería una condición para devenir analista. Otros dirán que han conocido psicoanalistas que no se caracterizaban por poseer esa virtud, y sin embargo producían efectos clínicos muy pertinentes. Tal vez una tercera posición sería preguntarnos qué se entiende por inteligencia.

Como yo no me considero inteligente, no menos ni más que la media, me dejo seducir por la pregunta, y voy al diccionario etimológico. Ustedes lo saben: la etimología es lo que permite, a partir de los orígenes, en general griegos o latinos de una palabra, extraerla de su tiempo, es decir: poner a funcionar un anacronismo, y hacerle decir a la palabra antigua lo que queremos que la palabra diga hoy. Por ejemplo: *inter-legere* suele traducirse o bien como saber elegir entre dos posibilidades, o bien como leer entre líneas.

Comienzo por elegir esta segunda opción, y sostener que, si el analista fuera inteligente, sabría leer entre líneas. Pero entonces noto que estoy practicando ese otro tipo muy particular de inteligencia, que es la de saber elegir. Entonces podría decir que si el analista fuera inteligente sabría elegir no dar por verdadero ni lo que se desprende de la primera línea, ni aquello que se desprende de la segunda, ni siquiera dar por verdadera su lectura entre líneas. Parece muy poco inteligente, se me dirá, sostener a la vez una línea, otra línea y una hipotética tercera. Va contra el principio aristotélico del tercero excluido. Y bien: es que los analistas no somos muy aristotélicos.

Veamos un ejemplo: Freud, en su artículo *La negación*, cuenta de un paciente que, al referirse a un sueño, le dice al analista “usted pensará que la persona del sueño es mi madre: pues no, no lo es”: Y Freud, que sin dudas era muy inteligente pero también muy aristotélico, al menos en este artículo, Freud afirma, tajante: “Indudablemente es su madre”. Yo me permito disentir con Freud en este punto. Me permito leer esta secuencia del modo en que la lógica de su época, los años ‘30 del siglo pasado, discurría sobre las proposiciones indecidibles. Digo entonces que en ese relato del soñante se afirma a la vez que es su madre y que no es su madre. Si la leemos en clave aristotélica, respetando el principio de no contradicción, diremos que Freud puede tener razón. Pero, si la leemos como la leería Kurt Gödel, diremos que resulta indecidible demostrar que es verdad que sea su madre, tanto como que es verdad que no lo sea, por lo tanto, la proposición resulta indecidible en términos de verdad, y deberíamos sostener nuevamente una posición tercera.

Ahora, habiendo planteado mi lectura acerca de la inteligencia supuesta al analista, inteligencia que no se deriva de otra cosa que de la experiencia del inconsciente, que no es aristotélico, digo que el oficio del analista no se sostiene en la inteligencia sino en el ofrecimiento de cierto modo de escucha, no sólo de lo que es dicho sino de los enigmas y de los impasses de un decir. No sólo de los enunciados sino de la enunciación.

Turing, y la cuestión del engaño

Desde la famosa puesta en marcha de la prueba de Turing mediante el programa Eliza en los años '60 hasta hoy, mucha agua y muchos bits han corrido bajo el puente.

Eliza fue una prueba exitosa, puesto que verificaba la hipótesis de Turing, haciendo interactuar, si así puede decirse, a un ordenador con un humano. El ordenador, que se hacía pasar por Carl Rogers o un sucedáneo, mantenía un intercambio virtual a través de un teclado, intentando convencer al humano de que estaba efectivamente conectado con otro humano. Y lo lograba. El humano resultaba engañado. La respuesta a la dimensión del engaño nos distingue del resto del mundo animal.

Hoy podría decirse que el cambio más radical en cuanto a la IA no ha sido tanto efecto de la evolución informática, ciertamente apabullante, sino de lo que en materia jurídica se nombra como inversión de la carga de la prueba. Hace ya muchos años que los programas informáticos, para intentar no ser infectados por otros programas, los llamados virus, someten al humano a la prueba inversa: la de convencer al programa que está interactuando con un humano, y no con un robot. Se popularizó esta prueba con el nombre de CAPTCHA, y la padecemos a diario cuando intentamos interactuar con plataformas que ostentan ese tipo de normas de seguridad.

Pero lo que se verifica con ello, en verdad, es que el humano responde robóticamente; parece estar programado para responder como un robot para así probar, paradójicamente, que no es un robot. Y resulta nuevamente engañado, porque no sabe que cada vez que oprime una tecla lo que entrega es un bit de información. Es su forma de pago por la utilización de esa tecnología. Y con ese pago, que generosamente brinda por casi nada, alimenta una descomunal base de datos que a la vez alimenta el mercado de los algoritmos: resulta de eso que, si me interesé por un producto en internet, supongamos que sea un florero, es seguro que a los pocos minutos comenzaré a recibir múltiples ofertas de venta de floreros.

Dos detalles, a propósito de cómo se recoge la información que generosamente brindamos. La primera, la más evidente, es que nuestra preferencia dada a determinado artículo promocionado se acumula con las de otros millones de usuarios que apretaron la misma tecla, lo que suele volvernó en forma de mensaje invertido: "otras personas también buscaron tal o cual florero". De este modo se configura una suerte de carretera principal, donde se circula a gran velocidad -merced al aporte brindado por millones de usuarios- para llegar muy pero muy rápido... ¿a dónde? A los lugares comunes. Cuestión de gustos: depende de si queremos llegar a esos lugares comunes que parece preferir la multitud, o si elegimos transitar y disfrutar de los paisajes que nos brindan los caminos secundarios, a menudo sin peaje. Cuestión de gustos, y de manipulación de los gustos por el algoritmo.

Pero la otra característica que tiene este modo de recoger información se reduce a, por ejemplo, en este caso, a la palabra florero, o a la imagen de un florero. Lo que el algoritmo no considera, en ningún caso, es si lo que me interesó del florero es la imagen, el objeto o la palabra, si es el florero mismo, o quien lo sostiene, o el color con que está pintado, o las flores que lo habitan, o si su boca me recuerda alguna boca amada, o si su forma me hace imaginar un cuerpo que albergase las flores de la virginidad, o si simplemente alimenta metafóricamente la idea de una floración, o una desfloración. Ya sabemos, por Freud, que,

en el lenguaje de las fantasías, los símbolos pueden significar tanto un deseo como su contrario: mi madre y no mi madre, floración y desfloración. Quiero señalar con esto que el bit que aportamos al apretar una tecla es tratado como signo, relativo a un referente supuesto, y no como significante, relativo a un sujeto de deseo.

Entonces, primera pregunta en relación con el lenguaje que alimenta y maneja la IA: ¿es un lenguaje que pueda considerar los equívocos significantes? En un breve intercambio con el llamado chat GPT yo cometía adrede errores de escritura, los que el programa de IA reparaba, o corregía, utilizando mecanismos predictivos. Es menester, para esos programas, al menos por el momento, considerar el lenguaje como lenguaje informático, el que desliza al lenguaje informativo. No es un lenguaje comunicacional, entendiendo por comunicacional aquel que expresa algo más que información -por ejemplo: el florero me gusta porque tiene formas curvas- ni tampoco toma al lenguaje como un discurso, con homonimias o procedimientos metafóricos como el chiste. El error al apretar la tecla, el lapsus, no es algo que la IA quiera interpretar, sino algo a corregir.

Como bien sabemos, también con Aristóteles, lo que nos distingue de los animales, que emiten sonidos pero no hablan, es que el lenguaje humano expresa no sólo emociones sentimientos o información, sino que expresa el logos, sea lo que el logos signifique hoy para nosotros.

Hasta donde sabemos hoy los *bots* no disponen de logos, no hablan... ni sueñan. ¿O sí hablan? ¿O sí sueñan con ovejas eléctricas? ¿Tienen logos los robots?

Segunda cuestión: el cuerpo

Los robots, aún dotados de una forma humana, como se sugiere con la imagen de Freud y de Lacan que propone este Congreso, podría decirse que tienen un cuerpo en el sentido que el cuerpo toma para la geometría, es decir un volumen en el espacio. Pero no es un cuerpo viviente, que late y respira. Aunque de ese cuerpo robótico surjan sonidos que se decodifiquen como palabras, la monotonía de la voz robótica sintetizada no requiere de las escansiones fonatorias que un cuerpo respirante y latiente precisa. ¿No es acaso esta característica viva de la que carecen los robots aquello mismo que permite que niños del llamado espectro autista puedan interactuar con ellos mejor que con los cuerpos parlantes humanos?

Parece que la evidencia no deja lugar a dudas, los niños autistas consiguen logros significativos interactuando con mensajes que provienen del cuerpo de un robot, un cuerpo que no late, que no tiene expresiones faciales, cuya voz sintetizada es monocorde o estable. Lo que parece necesario que no esté presente para ellos es el territorio de las emociones, las que se expresan a menudo por cambios de aliento, sonrisas o fruncimiento del ceño, modificaciones en el volumen de la voz, o en el tono, o en la articulación, o en el ritmo. Así entran en colisión ritmo y algoritmo.

La otra evidencia clara es que los llamados autistas pueden relacionarse muy bien, y beneficiarse por ello, con los animales, aquellos que poseen un cuerpo respirante y latiente, pero que estrictamente no hablan. Y como no hablan no equivocan.

Así, habría una condición, que parece ser la de una disyunción exclusiva, para que puedan entrar en relación con otros: o bien el cuerpo habla pero no es viviente, o bien el cuerpo es viviente pero no habla.

Finalmente...

Un espectro se cierne sobre Europa, escribían Marx y Engels a propósito del comunismo. Un espectro se cierne hoy sobre el mundo globalizado, el espectro autista. El autismo en la sociedad es una enfermedad pandémica, que se propaga por las pantallas. No digo nada nuevo ni soy original. Recibo en mi consultorio adolescentes cuyos grupos de pertenencia no son aquellos con los que ir a bailar, jugar al fútbol o emborracharse, ni siquiera drogarse con el pan y el circo de la época: sus grupos son los de aquellos que juegan el mismo juego en internet. Son adolescentes que tienen un vocabulario muy pobre, que manejan mejor el inglés de los videojuegos o el español neutro que la lengua de su país.

Encontramos allí un déficit simbólico, puesto que la lengua es el cuerpo de lo simbólico, sostuvo Lacan. Se trata, para el psicoanálisis, de no aplastar el cuerpo de la lengua reduciéndolo a un esperanto informativo. La IA habla *globish*, una suerte de inglés americano informacional, carente de equívocos y de ambigüedades. La Meca de la IA es la desambiguación. El algoritmo, repito, rechaza el hecho de ser producido no por información sino como efecto de los pliegues no tan simples de una lengua.

Si hubiera un sujeto del algoritmo, ese sujeto, lo sabemos, sería el sujeto autista.

Para terminar, una referencia a la transmisión. Los robots no transmiten la lengua a sus nuevas generaciones, ni la reciben: son programados en y por un lenguaje. No reciben una lengua viva, una lengua materna. Por lo tanto no son sujetos de enunciación, sino de enunciados.

Caetano Veloso recibió recientemente el título de doctor honoris causa por la Universidad de Salamanca. Como seguramente saben, Caetano posee una gran inteligencia, una inteligencia nada artificial. En esa ocasión se refirió a la lengua brasileña, a la lengua portuguesa y a la lengua española. Siempre hay más de una lengua, cuando los que hablan son cuerpos nacidos de madre. Siempre está sujeta esa lengua a ambigüedades y equívocos.

Caetano se refirió a Unamuno quien sostenía que la lengua portuguesa era como el idioma español, pero sin huesos. Eso lo llevó, a Caetano, a escribir una canción que se llamó "Lingua", haciendo alusión a que el portugués era como un latín hecho polvo (Lusamérica, *latim em pó*): los huesos de la lengua hechos polvo. Yo propongo hacer serie con Unamuno y Caetano, y sostengo que, si hubiera en algún futuro remoto una lengua hablada por la inteligencia artificial, esa lengua sería sólo el esqueleto de la lengua, una lengua sin carne.